

El silencio altivo

Ingrid Solana

La siniestra hermosura de las criaturas nocturnas se resume en una silenciosa palidez legendaria, de ojos dementes, de cabellos del color suntuoso de los cuervos.

ALEJANDRA PIZARNIK

DÍOS ENMUDECE. SU VOZ es lejana; calma que pesa sobre los oídos e invade. *Escuchar*, verbo singular cuando se trata de lo mudo. Los hombres se afanan por encontrar el silencio, pero sólo es patente su imposibilidad. Cuando en la pieza callada se busca, queda una mancha sobre el aire, una rúbrica invisible en los muros: el zumbido deja trazos silenciosos, es la huella de lo vivo en el espacio. La muerte, en cambio, nos hace hablar, pero sólo disimula su sentido, no hay más que omisión en torno a ella: es la circunspección absoluta. Por eso permanece desconocida; lo desconocido tampoco habla, permanece abstraído en su universo. La reflexión sobre la muerte, contra ella misma, es ruidosa, incómoda; un temblor en la presencia, y ella permanece intocada, hierática y frígida ante cualquier contacto humano. Dios, como la muerte, también petrifica su lenguaje. Lo más profundo por oír entre sus labios son los murmullos del silencio; el hálito que alcanza a confirmar su insólita presencia, una sombra en la luz del pensamiento en torno suyo.

Hay criaturas afanas que se empeñan en escuchar ese silencio. Están en la tierra revolcadas entre los otros cuerpos, rodeadas por el lodo del deseo; se debaten, se empujan, se alzan encimadas y febriles. Sor Juana



Fotografía: Alejandro Arteaga

Inés de la Cruz escuchó el silencio de Dios y escribió *El primero sueño*. Hablan en él las honduras de la noche, el revoltijo de los objetos etéreos, la luz fugitiva en el reinado de las sombras. Criatura pálida y enroscada; la figura de Sor Juana en el sigilo de los gatos, en el extraño viento enrarecido de su convento. En los claustros hay ventanas altas, inaccesibles; por ellas penetra la claridad de la luna que invoca. Aparecen las voces que cabalgan en el vacío de los muros, sumergidas en la locura infernal de las meditaciones extrañas. Sólo en un convento es posible pensar aquello: la fiesta callada de Dios.

Llega y se instala en el monasterio para echar a andar la relojería de la locura. Las monjas esperan salvarse, redimirse así, con los pensamientos lúgubres. Sor Juana canta una fiesta gongorina, hilarante para un lector lejano a ella. Después, en los pasillos de su convento, se pierde en los rincones de la biblioteca imaginaria, en la oscuridad extrema de los muros rebeldes que son todo, menos un remanso. Las pisadas son cortas y rápidas, propias de ese manicomio de soledad. En las celdas, la flagelación. El placer de un poco de sangre cuando no existe el amor sino el anhelo. *Quiero verte, Dios, quiero escuchar tu sordera. El vientre arde. El vientre quema, Padre nuestro*. Sor Juana no permanece en la prisión; avanza felina sobre la noche; las piedras reciben su cuerpo, la arena entre las piedras recibe su alma. Hay que purificar los miembros; Sor Juana unge sus brazos en la tinaja del baño; los pliegues de los brazos iluminados, el rostro lunar sorbido por el agua: *Debéis permanecer en el hábito, hermana*.

Después de lavarse, va a la capilla. Allí se detiene y mira hacia lo alto enseguida de las visiones del aguacero: aquella tinaja sumergida en la tierra que liba todo pensamiento indecoroso. La ventana del vestíbulo es tan pequeña y tan alta que Sor Juana se detiene unos minutos; será porque no se mira desde allí nada más que una porción del cielo, será porque la luz en la distancia es aún más abrumadora que lo oscuro, será porque este día quema los muros con los ajos de lo furtivo; será porque ya no hay más sombras en el raciocinio

que, cansado de entender, se abandona. *Cuánta oscuridad reina en el mundo*, dice la hermana. Cuánta poca piedad cuando se trata de lo extraño. La cúpula habla con ella; le dicta la voz de Dios. Sor Juana escucha el grito descomunal que es el silencio más profundo del Altísimo. La bóveda donde lidia con el amado es un gigante sobre su pensamiento del que percibe las señales que decidieron hablarle esta noche; estancia en la que las almas se acercan a la certeza de lo impalpable. ¿Tendrá miedo sola, absurda, extraída de la tierra, del cimiento de los hombres, volando entre esos espíritus parcos, en medio de tanto silencio, en el centro del canto de Dios? ¿Soportará su *numinosidad*? En la pieza negrísima, la silueta de ella en el éxtasis del delirio, impregnada de él, penetrada por él, tiembla. No hace frío aunque el techo es alto como el silencio de Dios que asoma su bruma invernal sobre los restos de la mujer a sus pies. Nieva. El interior está colmado de blancura y cada miembro es bañado por aquella luz infernal. No hay inteligencia que explique la animalidad del encuentro. Ya no es poderoso el cuerpo de pie mirando hacia abajo; ahora los ojos se evaden al arriba mudo que expande su soplo monumental. Vaho preñado de cristales de luz. Sor Juana aplaca su desnudez sorbiendo las inexplicables palpitaciones, y como si recibiera la sangre de sus víctimas a la manera de la Condesa Bathory, bebe la luz silenciosa del amo que después se verterá sobre el ruido de la tinta. Ella sabe que todas las criaturas del Señor han nacido de la fiebre de lo doble, que en la crueldad subsiste la ternura, que el crimen es la forma más sublime del amor. Bañada por la sangre de la luz, Sor Juana se retira y duerme poco. Ha quedado sedienta, tal y como sucede cuando el *ser* se desborda, pero vuelve a cobijarse en la oscuridad del pensamiento que musita:

*la Naturaleza siempre alterna
ya una, ya otra balanza,
distribuyendo varios ejercicios,
ya el ocio, ya el trabajo destinados,
en el fiel infiel con que gobierna
la aparatosa máquina del mundo. ■■■*